(35)

SAYNETE,

INTITULADO

LOS SIES DEL MAYORDOMO

DON CIRITECA,

REPRESENTADO EN LOS TEATROS DE ESTA CORTE.

PARA NUEVE PERSONAS.

CON LICENCIA

EN MADRID: AÑO DE 1791.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, junto á la de Barrio-Nuevo; y asimismo otros de diferentes títulos: Comedias antiguas; Tragedias, y Comedias nuevas; Autos, Entremeses, y Tonadillas.

SAYNETE.

DON CIRITECA.

PERSONAS:

Don Sebastian.
Don Antonio.
Don Líquido.
Don Ciriteca.
Don Enrique.
Doña Elena.
Doña Antonia.
Doña Segunda.
Un Majo.

Salen Don Antonio vestido de Militar, y Don Sebastian vestido de Montañes ridículo.

Ant. Amigo Don Sebastian,
quánto celebro que sea
vuestra venida á ocasion
de disfrutar de las fiestas
de Madrid.
Seb. Yo no.
Ant. ¿Por qué?
Seb. Porque quien á dependencias
como yo á la Corte viene,
otra cosa no desea,
que despachar y marcharse.
Ant. Es cierto: pero aunque sea
como decis, el que tiene
amigos que le diviertan,
y una casa donde estar
con toda aquella llaneza
que en la suya; no parece,
aunque le sea molesta,
tanta mortificacion.
Seb. Yo os estimo la fineza
con que me favoreceis;
pero quien solo desea
el sosiego de su casa,
todo lo demas violenta;
y á mí mas, porque me cansan
las precisas etiquetas
de la Corte, pues aquí
para cierta concurrencia
es menester ir vestido,
y para mí es gran tarea
la peluca, el espadin,
la corbata y la etiqueta.
Ant. Pues esta noche hemos de ir
á una casa, que no hay de estas
formalidades, porque es
gente de forma y de gresca
toda la que allí concurre,
y sin ceremonia.
Seb. ¿Y esa
es casa donde pueden ir
hombres de mis reverencias,
de mi juicio y de mi edad?

Ant. Si voy yo.
Seb. No me contenta
tan solo eso, porque vos
sois mozo, y gustais de fiestas,
y yo soy hombre machucho.
Ant. Es una gente muy bella,
y de grande gerarquía.
Seb. ¿En realidad ó apariencia?
Ant. ¿Cómo apariencia?
Seb. Es que hay muchas
personas que manifiestan
ser telas de oro y de plata,
y luego suelen ser xergas:
¿pero á éstas se les da Don?
Ant. Sí, es preciso.
Seb. Que lo sea;
ha de ser hidalgo rancio
quien á mí me lo merezca.
Soy vizcayno y testarudo,
y no baxo la cabeza.
Ant. Ved ahí por qué no queria
llevaros á parte alguna.
Seb. No tanto, que eso ya fuera
peor que todo lo demas;
y si es precisa etiqueta
el dar don á todo trapo,
yo se le daré aunque sea
á los perros de la calle;
que tambien gozan la mesma
distincion por ser nativos
del mismo solar y tierra.
Ant. Yo celebro, amigo mio,
que la razon os convenza:
y así vamos, que á esta hora
la conversacion comienza,
y os divertiréis muy bien.
Seb. Antes iré á dexar esta
albarda, que ya me tiene
las costillas medio muertas. *Vanse.*

Se corre Salon, y salen Don Líquido y Don Ciriteca vestido muy ridículamente.

Liq. ¡Ola, muchacho! ¿qué es esto,
no hay quien me responda, bestia?
Cir. ¿Qué me manda usted, Señor?
Liq. ¿Así con tanta paciencia
se estan á las seis ya dadas,
sin poner luces siquiera?
Cirit. Si no hay aceyte.
Liq. Comprarlo.
Cirit. Si no hay dinero.
Liq. Pon velas.
Cirit. Si se acabáron.
Liq. Hay cosa;
que os le fien en la tienda.
Cirit. Si no quieren.
Liq. Que las fien,
y vayan luego por ellas.
Cirit. Si no se han de pagar luego.
Liq. Es vmd. Don Ciriteca,
hombre de corazon débil.
Cirit. Por eso el de Vmd. es de piedra.
Liq. Vmd. echa á perder mi casa.
Cirit. Mas me echa á mí á perder ella.
Liq. Vmd. es muy miserable.
Cirit. En su casa de Vmd., es fuerza.
Liq. Vmd. no tiene gobierno.
Cirit. Si está mala la cabeza.
Liq. Ya veo yo, que Vmd. tiene
muy mala la calavera.
Cirit. Por eso está la de Vmd.
coronada de agudezas.
Liq. No me haga Vmd:::-
Cirit. Vmd. advierta,

que no soy yo quien le hace
gastar á Vmd. la paciencia.
Liq. ¿Y mi muger?
Cirit. Esa sí.
Liq. Pregunto, dónde está, bestia.

Sale Doña Elena.

Elen. ¿Qué me quieres?
Liq. Mira tú,
á tu gran Don Ciriteca,
qué Mayordomo tan hábil es.
Cirit. Yo soy en una pieza
muger de gobierno, moza
de cámara, costurera,
Mayordomo, Secretario,
Page, mozo de asistencia,
sastra, aplanchadora, y
lo peor de todo, doncella.
Elen. ¿No tiene Vmd. quien le ayude?
Cirit. Ya le dixe que viniera
al mozo, que trae recado,
porque habia funcion regia;
dice no quiere.
Elen. ¿Por qué?
Cirit. Porque no le dan moneda.
Elen. Hay mas que dársela.
Cirit. Ellos
giran á millones letras,
pero en siendo contra sí
al instante las protestan.
Elen. No nos estemos así.
Cirit. Sentémonos.
Elen. Buena es esa:
vaya Vmd. poniendo luces,
no me vea en una afrenta
si empiezan á venir gentes.
Cirit. Si no hay açeyte, ni velas.
Elen. Comprarlas.
Cirit. Si no hay con qué.
Elen. Tanto sí, como Vmd. echa;
en empezando á echar sies
el demonio que le tenga.
Empeñe Vmd. algo.
Cirit. Si no hay
nada que empeñarse pueda.
Elen. El almirez.
Cirit. Si es prestado.
Elen. La salvilla.
Cirit. Si no es nuestra.
Elen. Un cubierto.
Cirit. Son de palo.
Elen. ¡Jesus, y qué hombre tan bestia!
Aunque sean los colchones.
Cirit. Son xergones, y de paja
vieja.
Liq. Elena, déxalo;
no le faltarán respuestas
hasta mañana: el demonio
es este Don Ciriteca.
Elen. ¿No hay siquiera una bugía?
Cirit. De sebo, y mala, una vela
está ardiendo dentro.
Elen. Pues
tráigala Vmd. acá fuera.
Cirit. Vaya en gracia, y con merce...

Vase muy despacio.

Liq. Mira qué pausa que lleva.
Elen. Mucho tardan las visitas.
Liq. Aun no son las seis, y media,
y hasta las siete no es hora
que los convidados vengan.
Bien te puedes fiar de él. *Vase.*
Elen. Mira tú, y si me empieza

á echar sies, será cosa
que le rompa la cabeza.
Válgame Dios, á qué lances
está una muger expuesta,
siendo forzoso atender
á la precisa decencia
de su persona, y su casa,
quando se ve en la miseria
de no poder igualar
los deseos con las fuerzas:
cierto que es grande trabajo,
qué le hemos de hacer, paciencia.

Sale Don Ciriteca con una bugía encendida con cabito de vela muy corto.

Cirit. Toda la iluminacion
tiene Vmd. aquí completa;
resta la dificultad
que dice la cocinera,
que á obscuras, y sin carbon
no puede guisar la cena.
Elen. ¿Y Vmd. sabiendo eso ya,
por qué no da providencia?
Cirit. Ya está dada.
Elen. ¿Y quál es?
Cirit. Que
se coma fiambre la cena,
tendrémos mas que mascar.
Elen. Cada dia Vmd. aumenta
mi sentimiento.
Cirit. Y Vmd.
disminuye mi paciencia.
Elen. Ya siento, si no me engaño,
gente ya por la escalera,
que sube, saque Vmd. el hacha.
Cirit. ¿Quál hacha, la de la leña?
Elen. La de alumbrar.
Cirit. Esa misma
es la que digo, ay tal flema,
no sabe Vmd. que es un palo
pintado, porque parezca
de cera, y en el remate
una cerillica puesta;
pues se acabó esa, porque
sirvió algunas noches miéntras
se desnudaba mi amo
en su quarto, y ya no queda
que encender, sino es el palo;
si Vmd. quiere que le encienda
no será la primer casa
donde se alumbran con teas.
Elen. Váyase Vmd. allá dentro;
no me hable, Don Ciriteca.
Cirit Quiera Dios, si por bien es,
que nunca á llamarme vuelvas. (*V.*

Salen Doña Antonia, y Don Enrique.

Antonia. ¿Querida, qué hay, cómo estás?
Elen. Yo para servirte buena;
¿y tú?
Antonia. Yo para servirte.
Elen. Téngalas Vmd muy buenas,
Caballero.
Enriq. Siempre estoy,
Señora, á las plantas vuestras.
Elen. ¿Cómo no veniste anoche
que hubo una funcion muy buena?
Antonia. Porque aquel hombre fué á (caza,
y no quiso que saliera:
ya sabes su genio.

Elen.

Elen. ¿Y ahora,
sabes dónde está?
Antonia. Me espera
en casa, que vuelva.
Elen. ¿Por qué
no le has dicho que viniera?
Antonia. Ya sabes que el otro tiene
tan delicada carrera,
que no puede lo que quiere,
y que yo tambien quisiera;
que hay carreras, que los hombres
los detiene de manera
que han de vivir ignorados,
ó abandonan la carrera;
y la carrera perdida
es ponerse á tal afrenta;
discurre tú, siendo él
los pies, manos, y cabeza
de su Oficina, qué tal
quedaria si no fuera,
tendria que cerrarla como
Coliseo en Quaresma.
Elen. ¿Con que está tan ocupado?
Antonia. Apénas lugar le queda
para leer en la Oficina
los Mercurios, y Gazetas.
Elen. ¿Y ese, quién es?
Antonia. Un amigo
del otro, que le franquea
reservada confianza,
de que á acompañarme venga
á tu casa; ¿no es así?
Enriq. Yo tan solo en la apariencia
regento el empleo; en fin,
sirvo, aunque sin recompensa.
Antonia. La confianza del amigo
es bastante recompensa.
Enriq. No lo dudo: pues lo soy,
que poco de esto se encuentra,
pues hay pocos Don Enriques
como yo.
Antonia. Tener paciencia,
que acaso os iréis labrando
con la tolerancia vuestra
la corona.
Enriq. Buen anuncio
es, si bien se considera,
tener para coronarse
hechas pruebas de paciencia.

Salen Don Antonio, y Don Sebastian.

Anton. A vuestros pies, Madamitas,
caballero á la obediencia.
Seb. Dios guarde á ustedes, señores.
Ant. Mi Señora Doña Elena,
con el permiso de usted
presento en esta asamblea
al Señor Don Sebastian
de Aguirre, y Raga y Ena.
Elen. Sea mil veces bien venido.
Seb. Y es el que la mano os besa.
Elen. Muy alto besa el salvage:
¡qué política tan puerca! (*Ap.*
Tomen ustedes asiento.
Seb. Se tomara si lo hubiera.
Elen. Don Ciriteca.

Sale Ciriteca.

Cirit. Ya, ¿Señora?
Elen. Unas sillas.
Cirit. Si estan puercas
las manos, ¿cómo ha de ser?
Elen. ¿Has visto, muger, tal bestia?

lavárselas?

Cir. Si no hay agua.

Elen. ¿No hay un pozo?

Cir. Si no hay cuerda.

Elen. ¿Y el aguador?

Cir. Si no viene.

Elen. Pues, hágale usted que venga.

Cir. Si no le pagan. *Vase.*

Elen. Jesus, está usted Don Ciriteca
inaguantable estos dias.

Seb. Dice bien Don Ciriteca:
si no hay agua, ni aguador,
y aunque haya pozo, no hay cuerda,
¿cómo lo ha de remediar?

Elen. ¡Y que esto á mí me suceda!
Y no es mas que por descuido
que tiene Don Ciriteca.

Seb. Ya sabemos de qué pende,
no hay que apurar la materia.
Amigo, ya van saliendo
á Don Antonio.
verdaderas mis sospechas,
y que donde no hay ni aun agua
para lavarse, se atrevan
á llamar Don Ciriteca
á un fámulo que estará
muriéndose de miseria!

Ant. Si es el Xefe de la casa.

Seb. Sacadme la conseqüencia:
si este es Xefe, quál será
la familia que gobierna.

Saca Don Ciriteca una silla rota para Don Sebastian, y otra buena para Don Antonio.

Cir. Ya estan las sillas aquí.

Elen. ¡Habrá tal inadvertencia!
Traer al estrado las sillas
rotas, ni el diablo lo piensa.

Cir. Si las que hay por allá todas
son sillas rotas como éstas.

Elen. Bien sé yo que hay otras dos,
que son compañeras de éstas.

Cir. Si estan rotas.

Elen. ¿Pues hay mas,
demonio, que componerlas?

Cir. Si no sé dónde llevarlas.

Elen. Llevarlas á qualquier tienda
de un Sillero, ó á esos hombres,
que pregonan sillas viejas.

Cir. ¿Aquellos de adobar sillas?

Elen. Los mismos.

Cir. ¿Y esos no llevan
por componerlas dinero?

Elen. Qué gente tan cicatera
tengo en mi casa, muger,
como si su faltriquera
lo pagara.

Cir. Si no es eso.

Elen. ¿Pues qué es?

Cir. Que usted no se acuerda
de dar dinero.

Elen. Pedirlo.

Cir. Si lo pido, y nunca llega,
y todos los Mercaderes,
los Oficios y las Tiendas,
Fondas y Botillerías,
en viéndome por sus puertas
les entra gota coral.

Antonia. Señora, tenga usted flema,
que aquí el cumplimiento sobra.

Seb. Esta silla está en la extrema,
y segun los accidentes
compulsivos que la entran
ya va á espirar, y tambien

yo

yo con ella voy á tierra.

Cae de espaldas.

Elen. ¿Se ha hecho usted mal, caballero?
Seb. No es cosa; mas si tuviera
la espalda buenas narices,
ya fuera chato de veras.
Elen. Traiga usted otra.

Saca Don Ciriteca un banquillo de zapatero.

Cir. Ya está.
Elen. ¿No hay otra cosa mas fea?
Seb. Mejor es esto, Señora.
Cir. Si éste era el asiento y mesa,
que su padre de usted usaba,
y le tenia en la Tienda.
Elen. Diga usted en la Oficina,
¡hay semejante quimera! (que
Anton. No es razon que usted equivo-
la Oficina con la Tienda.
Cir. Si hacia su merced zapatos:
por eso digo yo Tienda. *Vase.*
Seb. Acabaramos con mas
Santos que hay en la Calenda.
Elen. Este hombre ha perdido ya
con los años la cabeza.
Seb. Bien la puede haber perdido;
pero la memoria es buena.

Sale Don Líquido con una perra en los brazos.

Liq. Señores, felices noches:
mis continuadas tareas
no me han dexado salir
á ponerme á la obediencia
de ustedes ántes; y así,
si me conceden licencia,
me volveré á mi despacho.

Aguarda que diga Doña Antonia tres versos, y se va.

Antonia. Vmd. con toda llaneza
como dueño de su casa
hará lo que le convenga.
Elen. Y luego que él para nada
en el estrado aprovecha,
no sabe mas que sus libros,
de su violin, y su perra.
Sebast. ¿Qué casta de animal
es este hombre? (*á Don Antonio.*
Ant. Este hombre es de idea
la mas rara, pocas veces
en su casa se presenta
á las gentes, siempre está
metido en su uronera,
su muger es quien recibe: :-
Sebast. Entendamos la materia.
Ant. Las visitas.
Sebast. ¿Y no mas?
Ant. ¿Qué mas?
Sebast. ¿Qué os causa extrañeza?
del modo que las recibe,
pudiera pagarlas ella.
Ant. Eso no fuera decente.
Sebast. Se las pagarán á ella.

Sale Doña Segunda de bata.

Seg. ¿Antonia? ¿Elena? amigas.
Elen. ¿Qué petimetra que vienes?
Seg. Como siempre.
Sebast. Vaya, que ésta

ni en una caballeriza
mas cortesía tuviera.
Ant. No seais tan reparon;
las damas tienen licencia
para todo.
Sebast. Y para hacer
abuso de la licencia,
ó privilegio, que ya
se corrompiesen : :- Tente lengua.
Elen. ¡Ay, qué bata tan bonita!
Seg. De muy buen gusto, y bien hecha.
Elen. ¿Quién te la ha hecho, dí, Segunda?
Seg. El Maestro Don Juan Coleta,
que es Sastre de habilidad.
Sebast. ¿Cómo se llama, mi Reyna?
Seg. No lo conocerá Vmd.
el Maestro Don Juan Coleta.
Sebast. Pues yo tengo de llamarle
para una chupa de xerga.
Seg. No lo conseguirá Vmd.
que no cose sino en seda.

Sale el Majo sin hacer caso de nadie paseando el tablado hasta que encuentra con Doña Segunda.

Maj. Con que si yo no acertara
á venir, Vmd se acuerda
muy poco de dexar recado
en casa: poquitas de esas;
ya sabe Vmd que yo gasto
poquísima de la flema. (ches;
Sebast. Tenga Vmd. muy buenas no-
prosiga Vmd ahora su arenga.
Maj. Dios guarde á Vmd. Caballero.
Sebast. Me ha gustado la llaneza;
cierto que el hombre es cortes
como una mula manchega.
¿Este es marido, ó hermano
de la de Don Juan Coleta?
Ant. Ni es hermano, ni es marido,
pero algo se le semeja.
Sebast. ¿Pues qué es?
Ant. Es cosa muy propia
de esa Señora.
Sebast. Quisiera
saber si el parentesco es
consanguíneo, ó es de
afinidad.
Ant. No me meto
en especulacion tan séria:
basta deciros, que es su
cortejo.
Sebast. Pues si es esa
la conexîon, ya está dicho : :-
Ant. ¿Qué?
Sebast. Que sea lo que sea.
Maj. Vamos de aquí.
Elen. ¿Tan presto?
Maj. Señora, las diez, y media.
Sebast. Y es muy buena hora de ir
á recogerse qualquiera,
que ni es jugador, ni está
enamorado.
Enriq. Es muy cuerda
reflexîon.
Antonia. Yo tambien marcho,
que en casa el otro me espera.
Elen. Aguardáos que os alumbren.
Antonia. Déxalo.
Elen. Don Ciriteca,
encienda Vmd. el hacha.
Don Cirit. Ya
ando yo tras de encendella;
pero el pábilo se atula.

Elen.

Elen. Déxate de frioleras.
Sebast. Si yo doy otro porrazo,
tendré la noche completa.
Sale Cirit. Ya está aquí el hacha.
Sebast. Cuidado
no se derrita la cera.
Elen. ¿Habla Vmd. con algun
diablo?
Cirit. A Vmd. el diablo la
aconseja, que manda traer el hacha,
si un pedazo de madera
es no mas; para otra vez
no se ponga á una afrenta,
porque á vanidad tan suma,
la sabrá Don Ciriteca
en público escarmentar.
Sebast. Esto coronó la fiesta.
Señores, muy buenas noches.
Tod. Téngalas Vmd. muy buenas.
Elen. Y dando fin al Saynete,
una Tonadilla sea
medianera del perdon
de todas las faltas nuestras.

FIN.